



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE
MÉXICO**

FACULTAD DE HUMANIDADES

TESINA

La filosofía de Platón y el existencialismo

Qué para obtener el título de:

Licenciado en filosofía

Presenta:

Urbano Laureano Salinas Peralta

Asesor:

Dr. Juan Monroy García

Toluca, Estado de México, 2020.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
LA NOCIÓN DE ALMA EN LA PERSPECTIVA PLATÓNICA	4
LA FILOSOFIA DE PLATON	5
EL ALMA	6
LA IDEA DEL FUEGO COMO FIGURA HISTÓRICA.....	7
LOS ACTOS DE VALOR	10
EL ALMA VEGETATIVA.....	16
ENTRE EL CUERPO Y EL ALMA.....	19
EL ALMA EN LA PERSPECTIVA MODERNA	22
LA SEGUNDA CONSIDERACIÓN DEL ALMA.....	23
EL CASO DE SARTRE	29
EL HUMANISMO	33
CONCLUSIÓN	35
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	37

INTRODUCCIÓN

El fuego eterno, alma principio de la vida, se encuentra inspirado en la filosofía griega clásica. Él simboliza el devenir del ser, es el tiempo. En los cuentos y poemas de Homero y Hesíodo podemos observar el culto a dicho elemento, pero también al campo y a la agricultura, es decir, como referencias al ciclo del eterno retorno sugerido como la fertilidad de la tierra.

Así, tenemos dos planos: uno metafísico, que hace referencia a argumentos que pretender ser válidos de manera universal y otro que, en contraposición, coloca énfasis en lo terrenal. La historia de la Filosofía ha versado en gran parte entre ambas tradiciones y, aunque a través del tiempo –al parecer– la primera se ha levantado como eje rector del comportamiento de los hombres, en los últimos siglos también se ha formulado un camino alternativo, uno donde no hay designios divinos ni valores absolutos. Se trata del camino inaugurado por Sócrates y su alumno Platón y, frente a ellos, autores como Friedrich Nietzsche y Jean Paul Sartre.

El siguiente es un breve texto respecto a cómo se han desarrollado ambas posturas, así como algunos de sus principales componentes.

LA NOCIÓN DE ALMA EN LA PERSPECTIVA PLATÓNICA

LA FILOSOFIA DE PLATON

En el pensamiento del filósofo Platón, el estudio del alma Humana es un problema que presenta el estudio de la filosofía en la época, actual que se ha convertido en el estudio del desarrollo del espíritu del hombre, en su filosofía que estudia la integración del hombre griego, por tener la vocación, y el conocimiento de la certeza sensible. La espiritualidad de su cultura, de acuerdo a sus logros obtenidos, por su estudio, y el entendimiento en la ciencia y la metafísica de su tiempo.

En el estudio de la filosofía de Platón no puede pasarse por desapercibido, el estudio del Alma, la literatura, y la retórica.

El estudio de la filosofía del Ser, en sus diferentes épocas acerca del alma humana en la filosofía, a través del Tiempo, es necesario para comprender el estudio del Universo, la filosofía moderna ha llegado a resultados de gran importancia, en el devenir histórico del Ser del hombre, actual.

En la filosofía moderna, el estudio de la metafísica, y la reflexión filosófica del hombre en el mundo forma el estudio de la memoria ontológica existencial de la filosofía, y la ciencia, en el ser humano, la formación de esta cultura, forma el mejoramiento de la vida en distintas sociedades del mundo.

EL ALMA

Para el estudio de la filosofía del filósofo Platón comenzaremos por estudiar el alma.

El estudio del alma alcanzado por la reflexión filosófica, es creado, o engendrado, por el estudio acerca de la virtud, el hombre. De esta forma podemos definir a el alma: Como el valor queda a los objetos, el mundo y las cosas la capacidad de poner orden, en los objetos para su estudio.

Platón define al hombre como un ser dotado de cuerpo y alma, de ahí podemos dividir el estudio del alma del hombre griego en tres partes.

1 El destino del alma

2 La inmortalidad del alma

3 La muerte del alma

No obstante, es gracias a platón y esos diálogos que esta nueva manera de hacer filosofía se presenta y se desarrolla. Y es en esta serie de textos que de manera general, la concepción de una idea formal es asimilada a una especie de ser virtual, alcanzable en la vida únicamente por medio del entendimiento y, una vez que el alma se desprende del cuerpo, llega a ella en el llamado Topos Uranus. Se trata del conocimiento filosófico sistemático, aunque en sus inicios, una reflexión acorde su tiempo y presentada bajo medios diversos porque el análisis de las diversas problemáticas que aquejan al ser humano ha variado dependiendo el contexto y la forma personal que posee el autor para escribir.

A pesar de la variedad de estilos y de temas en la historia de la filosofía, es posible entender que emerge, uno que es constante en las diversas épocas, es decir

LA IDEA DEL FUEGO COMO FIGURA HISTÓRICA

En la Grecia Clásica –origen de la filosofía– personajes como Heráclito de Éfeso solían emplear elementos naturales y de otra índole para referirse a un principio dador de vida y ordenador de todo cuanto existe. En su caso, dicho elemento fue el fuego. Se trata también de un símbolo o, incluso de un misterio, de un sendero entre el misticismo y la filosofía propiamente dicha. Se trata también de una posición otorgada entre lo dado y conocido así como entre lo oculto y lo desconocido. A este tipo de pensadores suele otorgarles el nombre de pre-socráticos porque es hasta Sócrates que el pensamiento comienza a dejar de manera paulatina dicho misticismo y, en contraposición, se orienta más hacia una reflexión racional, aunque aún mediante alusiones a mitos y, por supuesto, símbolos diversos. No obstante, es gracias a Platón y a sus *Diálogos* que esta nueva manera de hacer filosofía se presenta y desarrolla. Y es en esta serie de textos que, de manera general, la concepción de una *Idea* formal es asimilada a una especie de ser virtual, alcanzable en vida únicamente por medio del entendimiento y, una vez que *el alma* se desprende del *cuerpo*, llegar a ella en el llamado *Topus Uranus*. Se trata del conocimiento filosófico sistemático, aunque en sus inicios, una reflexión acorde a su tiempo y presentada bajo medios diversos porque el análisis de las diversas problemáticas que aquejan al ser humano ha variado dependiendo el contexto y la forma personal que posee el autor para escribir.

A pesar de la variedad de estilos y de temas en la historia de la filosofía, es posible entender que emerge uno que es constante en las diversas épocas, es decir,

el tema *del ser y la nada*, una muestra de aquella capacidad que posee *el hombre* para cosificar diversos objetos de estudio y, de alguna manera, poder separar la reflexión que puede generarse sobre ellos de una simple opinión, esto es, de la *doxa*. Reflexión por un lado, simple opinión por otro, una especie de dualismo que ha acompañado el cuestionamiento de incluso aquellos que no suelen situarse en el campo filosófico propiamente dicho. Sin embargo, es desde este último suelo que el presente texto se posiciona y, por lo tanto, resulta interesante que en él se ha priorizado en diversos distintos dualismos, de los cuales basta con citar algunos casos para comprender esta situación: por ejemplo, continuando con el tema del conocimiento, es posible entender que es valorado como correcto o incorrecto, falso o verdadero, eficaz e ineficaz, dualismos por doquier. Análogamente, en el ámbito moral el dualismo bueno y malvado es el guía de las reflexiones, incluso la propia relación entre *cuerpo y alma* es otra muestra de esta característica, al grado de decir que, al menos en Occidente, los dualismos han dirigido gran parte de la reflexión filosófica. Sin embargo, las siguientes páginas se centrarán en este último.

A diferencia del sentido común, la filosofía analiza sus objetos de estudio con la intención de llevar a cabo una seria valoración y, de ese modo, dictaminar la realidad de las cosas. En el caso del *alma*, es posible considerar que se trata de un objeto ideal, motivo por el cual el hecho de pretender abordarlo no es sencillo. Piénsese en la tradición metafísica, dentro de la cual se habla acerca de la transmigración, así como de su supremacía sobre el cuerpo y demás temas afines. Pero, a pesar de esto, es posible tomar un camino diferente al tradicional y,

por poner únicamente un ejemplo, argumentar que a pesar de que históricamente se le considera como un elemento terminado en sí mismo y dado de una vez, es posible considerarla como algo que se construye, que se amolda a la época desde la cual se le nombre y trate pero, a pesar de esto, generalmente se le designa como poseedora de un rol protagónico al momento de designar su importancia respecto a la constitución del *hombre*. En otros términos, para el presente texto, no se considerará como suficiente la relación *alma-cuerpo* cuando se describa a los propios *hombres*, sino que se considerará a la primera como una especie de complemento y al segundo el campo en el cual ésta se posiciona para *realizarse*, al tiempo que *el cuerpo* adquiere características muy propias cuando *el alma* se encuentra en él. Como es de esperarse, es necesario otorgar una definición de aquello que se entiende por *alma*: se entenderá por dicho término la suma de las acciones realizadas por el *hombre*, lo cual podría confundirse con una especie de motor o móvil, incluso como *esencia*, pero no es la intención del presente escrito, sino mostrarla como una especie de germen o substancia a manera de atributo (cualquiera) que, fusionada con *el cuerpo* –sin discusión respecto a en qué sitio se encuentra la supremacía, sino en íntegra armonía– terminado complementándolo y complementándose a ella misma.

Es así que esta especie de entidad llamada *hombre* se aborda, pero sin separar sus componentes: hablar de *cuerpo* es remitirse al *alma* y viceversa. Es de esta manera que *el alma* aparece como una especie de substancia primera –aunque no primordial– en el universo descrito por los sujetos pero, contrario a Platón, incapaz de mostrarse sin un *cuerpo*. Esto orienta a pensar en la transmutación que sufre

el alma en el orden cronológico porque, si se le ha colocado como co-dependiente del *cuerpo*, entonces es un tema obligado hablar acerca de su presencia en un mundo donde el tiempo la afecta ahora que se le ha dejado de colocar en el terreno metafísico aunque, de ninguna manera, como materia orgánica. *El alma* definida no como elemento ajeno al *cuerpo*, sino como *acto*, entendido como sinónimo de *acción*, como *verbo*.

LOS ACTOS DE VALOR

Posiblemente la falta de creencia en un mundo distinto al físico tiene como punto culminante la muerte de todo sentimiento de dependencia hacia divinidad alguna. Este proceso es llevado a cabo por *el hombre* cuando coloca su atención y dependencia únicamente en lo inmediato, es decir, en lo terrenal y físico. En este sentido, suele considerarse que es desde el terreno filosófico que estos tipos de procesos de reflexión se originan y comienzan a fortalecerse; por ejemplo, en la filosofía antigua, es decir, en los espacios griegos, es posible rastrear esta tendencia a hacer a un lado mitos y relatos fantásticos y, en contraposición, considerar la ausencia de divinidad alguna en la vida de los hombres realmente como algo sin importancia, incluso como un acto que debe ser llevado a cabo por los héroes de distintos relatos. En otros términos, sólo realizando *actos de valor* es como *los hombres* se sitúan como dueños de su propia vida y, por supuesto, de su destino. Es común que los relatos de dichos personajes de fama terminan cuando, al sobreponerse a los designios caprichosos de la propia divinidad que

ahora pierde su poder y, finalmente sorprendida, comprende que en realidad *los hombres* son los verdaderos seres poderosos, mismos que, después de mostrarse victoriosos, se disponen a fundar ciudades, se alistan para dictar nuevas escalas de valores y, unidos en grupos numerosos de personas, reconocen que el peso de su vida está solamente en sus propias manos, situación que permite regir esas mismas sociedades en una especie de nuevo orden. Es el mito de *Edipo Rey*, quien sólo al quedar ciego entiende que en realidad todo ha sido consecuencia de sus actos y decisiones a pesar de que la divinidad ya había dictado lo que iba a ocurrir, esto debido a que bastó únicamente con retardar el destino que los dioses le habían impuesto para mostrar que incluso sus caprichos son propensos a modificaciones, es decir, que no son lo sólido que anteriormente se consideraba, lo que a la postre comenzaría a producir desconfianza a cualquier divinidad. Entonces, si la atención y el temor hacia los dioses desapareció en la Grecia antigua, el objetivo principal de la reflexión seguiría siendo el *alma*, pero ya no de tipo inmortal.

Es de este modo que es posible considerar que uno comienza a morir desde lo más profundo de su ser porque se ha comenzado a pensar, porque se cuestiona sobre la propia vida, porque reflexiona, porque se hace filosofía y no sólo porque morir sea el destino o la realidad de la vida ni de las cosas. Ya Albert Camus lo declara en las primeras páginas de *El mito de Sísifo*: "Comenzar a pensar es comenzar a ser minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano

se halla en el corazón del hombre y hay que buscarlo en él”.¹ Sin embargo, es necesario aclarar que no porque se hable respecto por ejemplo a un sabio o acerca de un científico su muerte sería distinta a aquel quien únicamente se ha desenvuelto por el sentido común. Esto se deriva del hecho de que *el hombre* alcanza la muerte por la intuición sensible, por la separación del *cuero* y del *alma*: el eterno dualismo *vida y muerte*. En este sentido, ante el final de la vida de los seres queridos, *el hombre* crea un valor específico respecto al sufrimiento, sobre todo debido precisamente a la relación que suele guardar con *la muerte*. Si bien es cierto que en gran parte de la tradición occidental un *alma* puede enfermarse y esto a su vez ocasionaba su muerte y, con ella, la del *cuero* que la aprisionaba, dicha enfermedad –también nombrada como *corrupción del alma*– sólo es admitida desde la posición del *hombre*, a manera de sólo creencia, misma que de igual manera sólo es perceptible desde ella su *alma*. En otras palabras, aunque se debata la inmortalidad del *alma* o no, el sólo hecho de que *la muerte* emerja es motivo más que suficiente para hacer resonar los cimientos de la reflexión.

A pesar de esto, como se comentó páginas atrás, como destino de *alma humana*, el propio desenvolvimiento del *cuero* como ser activo –crecimiento y desarrollo– termina con la muerte del *hombre* y, por supuesto, de todo elemento perteneciente al género humano. Esta es una verdad universal que, ya sea vista desde la óptica de la ciencia o de la sola opinión, es válida para considerar que, en efecto y a través

¹ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 14.

del tiempo, *el alma* es mortal. Pero, ¿por qué Platón opinaba diferente?
¿Qué elementos consideraba que nosotros no hemos nombrado?

SOC. – Yo sí. Lo he oído. en efecto, de hombres y mujeres sabios en asuntos divinos.

MEN. – ¿Y qué es lo que dicen ?

SOC. – Algo verdadero, me parece, y también bello.

MEN. – ¿Y qué es, y quiénes lo dicen?

SOC. – Los que lo dicen son aquellos sacerdotes y sacerdotisas que se han ocupado de ser capaces de justificar el objeto de su ministerio. Pero también lo dice Píndaro y muchos otros de los poetas divinamente inspirados. Y las cosas que dicen son éstas – y tú pon atención si te parece que dicen verdad: afirman, en efecto, que el alma del hombre es inmortal. y que a veces termina de vivir -lo que llaman morir-, a veces vuelve a renacer, porque no perece jamás. Y es por eso por lo que es necesario lleva la vida con la máxima santidad, porque de quienes...

*Perséfone el pago de antigua condena
haya recibido, hacia el alto sol en el noveno año
el alma de ellos devuelve nuevamente,
de las que los reyes ilustres
y varones plenos de fuerza y en sabiduría insignes
surgirán. Y para el resto de los tiempos héroes sin mácula
por los hombres serán llamados.²*

Como es de esperarse, Platón –vía Sócrates– remite a un plano metafísico y, además, a personas versadas en los temas (sacerdotes, sacerdotisas y poetas) para formular su postura de la inmortalidad del *alma*. Si lo malo destruye y divide, entonces un *alma* mala muere sin remedio. En contraposición, un *alma* buena y

² PLATÓN, *Diálogos*, Editorial Gredos, Madrid, 1981, p. 302.

virtuosa resulta inmortal. Es de este modo que se comprende el hecho de que la fortaleza del *alma*, al menos en la educación ateniense, se encuentra representada por su propia belleza, la cual se tiene bajo la educación y la remembranza de la memoria. Así, la fortaleza en el cuerpo humano, en el griego de la antigüedad, era bajo el mando de la conciencia en el saber del *hombre* o sabio de aquella época. Desde este punto de vista, un *hombre* bueno y virtuoso poseerá un *alma* inmortal, esto es, fortalecida pero, además, en un *cuerpo* también fuerte. Esto también puede entenderse cuando se argumenta –siguiendo a Platón– que el griego de su época en realidad no es un hombre inmerso en el tiempo –hoy en día puede decirse *proyectado*–, porque en realidad no es un ser para la muerte. Y es precisamente en puntos como este que nacen las diferentes corrientes filosóficas, mismas que suelen presentar a un *hombre* que, ya sea para vivir o sobrevivir, se sitúa en el mundo y nada más, con una vida anclada al plano terrenal solamente o, en contraposición, a un *hombre* que se situará después de esta vida en el terreno de alguna divinidad. Como puede verse, es posible encontrar en este punto el inicio del diálogo filosófico, sobre todo a partir de la forma de ver el mundo, porque también se hace referencia a planos donde las categorías del tiempo y del espacio resultan relativas en un caso y, dependiendo del tipo de discurso metafísico, absoluto.

En este sentido, sobre todo también para comprender el posicionamiento de Platón, es importante tener presente que la belleza del *alma*, tan resaltada junto con la virtud por los poetas griegos, también se relaciona con su fortaleza, todo esto bajo los designios divinos. Se puede remitir a diversos fragmentos de *La Iliada* y

La Odisea, donde durante los enfrentamientos los protagonistas elevan plegarias a los dioses caprichosos. Así, resulta comprensible que la adulación por parte del filósofo y del poeta hacia los alumnos era para hacerlos diestros en la sabiduría y el arte del diálogo filosófico –mediante preguntas y respuestas a su maestro, como lo muestra a mayéutica socrática–. Esto contribuía a formar el carácter al alumno, a *conocerse a sí mismo*. Es así como aparece en los estudios en filosofía, en el famoso templo del Oráculo de Delfos, la fortaleza del *alma* en el personaje griego, la cual debía estar relacionada también con la fortaleza en el orden civil del ciudadano de aquella época: mantener la mente sana en el cuerpo sano y, además, distinguir entre *el bien* y *el mal*, esto es, conocer ambos bienes éticos.

SOC. – ¿Y la gimnasia no se ocupa también de los discursos que se refieren al buen o mal estado de los cuerpos?

GOR. – Desde luego.

SOC. – Y, por cierto, también las demás artes, Gorgias, están en la misma situación; cada una de ellas se ocupa de los discursos que se refieren a su objeto.

GOR. – Eso parece.³

³ PLATÓN, *Diálogos*, Ed. Cit., p. 29.

EL ALMA VEGETATIVA

El motor inmóvil –al cual hace referencia Aristóteles– juega un papel importante en la transmigración del *alma*. En dicha teoría se habla de una entidad estática o estable inicial que, por ende, daría origen al movimiento. Este sería una especie de origen del tiempo y, obviamente, de los cambios en los seres. Entre lo estable y lo cambiante se posiciona el tiempo, cosificando los diversos objetos de estudio, mismos que siguen su camino o trayectoria. Se trata del paso del tiempo.

Hablar o recordar a la filosofía griega sería estudiar o mencionar a los filósofos griegos y a nuestros antepasados, diría el filósofo Cratilo al hablar acerca del método del lenguaje articulado. En la educación escolar griega, el conocimiento sensible o sensorial no era del todo despreciado. Por ejemplo, a pesar de hacer referencia a males como si fuesen voluntad de un dios caprichoso, aquella dolencia era percibida por la vista y el tacto, así como por nuestros demás sentidos para la localización de un mal en un sistema interno de nuestro organismo. De manera análoga, el *dasein* (*ser en el mundo*) mencionado por el filósofo alemán Martín Heidegger a mediados del siglo XX retoma la idea del análisis del ser mediante una inspección. Se trata de encontrar la verdad o el acierto de este método existencial similar a la mayéutica de Sócrates que, a través de su diálogo por medio de preguntas y respuestas al interlocutor respecto al tema que se está tratando, se buscaba una examinación a manera de cura. Es así como el filósofo Platón, en el *Diálogo Gorgias*, realiza un comentario al mundo de la medicina y su relación

con la política y la retórica –complementos de la formación de los alumnos–, espacio donde dice lo siguiente:

GOR. – Así es.

SOC. – Veamos, pues; voy a aclararte, si puedo, lo que pienso con una exposición seguida. Digo que, puesto que son dos los objetos, hay dos artes, que corresponden una al cuerpo y otra al alma; llamo política a la que se refiere al alma, pero no puedo definir con un solo nombre la que se refiere al cuerpo, y aunque el cuidado del cuerpo es uno, lo divido en dos partes: la gimnasia y la medicina; en la política, corresponden la legislación a la gimnasia, y la justicia a la medicina. Tienen puntos en común entre sí, puesto que su objeto es el mismo, la medicina con la gimnasia y la justicia con la legislación; sin embargo, ha y entre ellas alguna diferencia.⁴

Como el médico quita la enfermedad al enfermo, la mayéutica y aquel quien la dirige pretenden quitar el error en el alma del interlocutor a través de la examinación del conocimiento que tiene su *alma*. Sin embargo, Platón continuará haciendo hincapié en *el mundo de las ideas*. Esto significa que a pesar de hacer referencia al cuerpo y a su entrenamiento, cuidado y salud, su preocupación realmente se encuentra en otro sitio, esto es, en lo intangible.

En la forma de percibir el tiempo representativamente –según el posicionamiento platónico– es posible comprender que el hombre posee una capacidad mental arraigada en *el mundo de las Ideas*. De esta manera, Platón antepone un ejemplo de la representación mental del tiempo en la reminiscencia o transmigración de las *Ideas* o del *alma*. Toma en cuenta el origen de las *Ideas* en la duración de éstas

⁴ PLATÓN, *Diálogos, Ed. Cit.*, p. 49.

y su posicionamiento en el tiempo y el espacio. Es así como, de manera general, la reminiscencia del conocimiento alcanzado por la reflexión filosófica en la memoria forma la corriente reflexiva axiológica o del valor de las *Ideas* para dar seguimiento a éstas en la reflexión filosófica para observar al mundo. Estas categorías lógicas hablan acerca del tiempo y del espacio absoluto y reflexivamente por el método de reflexión en la memoria, no importa de dónde provengan estas *Ideas* dice Sócrates, de la región de los seres vivos o de la región del Hades o del mundo inanimado. Lo importante para él y para sus seguidores es dar la forma extrínseca de la materia en que se forma la comprensión de estas *Ideas* innatas al hombre. Es importante hacer notar el camino que toma hacia el valor ético filosófico en la metafísica del discurso filosófico del bien y del mal del filósofo Platón. Recordar estas *Ideas* da origen al nacimiento de la memoria y del alma humana, es decir, a la temporalidad y su poder mental o trascendental se fija en la duración de éstas en el tiempo, la memoria y la conciencia del hombre griego. En la representación del conocimiento en el universo esto sería un primer movimiento de la dialéctica del valor ontológico. Este ejemplo está dado en la filosofía del eterno retorno en el filósofo alemán Friedrich Nietzsche. Es la transvaloración de los valores para el hombre que piensa de esta manera. Sin embargo, no hay que perder de vista que el autor de *Así habló Zaratustra* no considera que exista otro mundo distinto al material, aunque la similitud con Sócrates-Platón es a partir de la concepción de un *eterno retornar a esta tierra*.

Sólo dos caminos posibles respecto a dicho posicionamiento: es verdadero o falso. En el caso de Platón, muestra el principio de *la uniformidad del cuerpo y del alma*

en el hombre de aquel tiempo. Y una forma de comprenderla es a partir de *la virtud* del alma del filósofo griego, la cual tomaba el perfil difundido por Sócrates, esto es, la fortaleza del ser humano en el orden civil de su época, colocando énfasis en el argumento de sostener la mente sana en el cuerpo sano, además de distinguir el bien y el mal respecto a los bienes terrenales.

ENTRE EL CUERPO Y EL ALMA

Todo cuanto aparece frente a nuestros sentidos tiende a desaparecer en el transcurso del tiempo. Todo se corrompe y se desvanece porque, en realidad, siempre ha sido corruptible por el simple hecho aparecer. Inalienable como en nuestros propios sueños, incluso nuestros pensamientos cambian, se metamorfosean. Así, todo es digno de corrupción y desaparecer, como el día y la noche; por lo tanto, *el cuerpo* no escapa a esta clasificación pero, como se ha mostrado, según la tradición occidental se encuentra acompañado de otro elemento, *el alma* la cual, en contraposición, no aparece y, de esta manera, no se desvanece y, de corromperse, sólo lo es debido a las acciones de su portador. Es de este modo que entendemos que Sócrates afirma que el amor es el alimento del *alma* del hombre y, de manera análoga, una de las características principales del Estado es tener una especie de *alma colectiva* que permite tener unidos a *los hombres*. Identificar el amor, pasión y acción en el desarrollo de los sujetos de la Grecia clásica es una característica de la reflexión no sólo socrática, sino incluso platónica. De aquí se deriva la preocupación del autor de *Los Diálogos* por *la justicia, la virtud, la polis y lo bueno*. No se trata más que de componentes directos de

un Estado eficaz y, por supuesto, de una serie de herramientas que conducirían a un sujeto a un buen comportamiento al interior de dicha entidad. En este sentido, lo contrario de esta conformación del *alma* sería *el alma irascible* debido, sobre todo, a que no permite que su portador aporte acciones que produzcan un beneficio ni a sí mismo ni a sus semejantes dentro de la conformación del aparato político.

El cuerpo y el alma mencionados por parte de Platón plantean una postura que recorrerá la historia de occidente hasta la llamada Edad Media debido, sobre todo, a la separación de dos mundos y, por supuesto, de la supremacía de uno sobre otro. Por un lado, un plano terrenal cambiante, compuesto por elementos imperfectos que presentan en sí mismos dolores y sufrimiento; por otro, un plano superior porque, desde un inicio, es inmaterial, lo que lo asemeja al Reino de Dios. El hombre sano en un extremo, el hombre renovado en otra. Si en Platón el llamado *Topus Uranus* es el hogar de las *Ideas*, en el Reino de Dios se encuentra la verdadera vida, *la vida eterna*. En ambos casos aparece la idea de que esta tierra y esta vida terrenal dejan de tener importancia alguna y que, a lo mucho, únicamente son preparaciones para *aquello que vendrá*. En otras palabras, el plano donde *el cuerpo* se encuentra carece de importancia, porque ésta se ha posicionado del lado del *alma*, la cual, ya se ha dicho, es inmutable. Por tal motivo, es posible comprender que en la filosofía escolástica San Alberto Magno indica que *el alma* se alimenta de la creencia de Dios, semejante a como lo hace Platón respecto a la guía que otorgan las *Ideas*.

Desde este punto de vista, es válido entender que el hombre se define por medio de su *deber ser*, es decir, si se toma como referencia el tema de la trascendencia, ya sea del modo correspondiente al camino indicado por Platón o desde la escolástica junto con su correspondiente herencia hacia occidente, se tiene que reconocer la supervivencia del *alma* aún cuando el cuerpo ha sido ha dejado de presentar signos vitales (muerte), supervivencia ya sea en el *Topus Uranus* o en *el más allá* (Reino de Dios o paraíso). Entendido de esta manera, la ontología es un modo del ser del hombre, no sólo respecto a los valores y objetos ideales del pensamiento abstracto universal (*Dios, alma, bien, justicia, etc.*), sino también respecto a su propio ser. En términos de Martin Heidegger: *el hombre es un ser para la muerte.*

EL ALMA EN LA PERSPECTIVA MODERNA

LA SEGUNDA CONSIDERACIÓN DEL ALMA

Sin embargo, a pesar de la extensa y gran tradición que se derivó del pensamiento platónico, existe otro camino que, contrario al metafísico –caso escolástica y caso cristianismo– aborda el tema del *alma* desde una postura opuesta. Se trata de un sendero que indica que dicha trascendencia de la que se ha hablado, aquella sustentadora del ser del hombre y tanto de los valores como de los conceptos universales, se lleva a cabo no en un plano supraterrrenal, sino únicamente en un plano íntegramente terrenal: Friedrich Nietzsche, un filósofo mencionado páginas atrás, quien lleva a cabo una valoración respecto a la tradición occidental designando como “error” el camino que la reflexión ha generado a partir de Sócrates, misma que continuaría con Platón para instaurarse de manera más general con el propio cristianismo primero en Europa, después, en prácticamente el todo el mundo occidental debido a la expansión de dicho pensamiento. A continuación un análisis directo de su obra.

Federico Nietzsche es una de las grandes personalidades que jalonean el destino de la historia espiritual de Occidente, un hombre fatal que obliga a tomar decisiones últimas, una tremenda interrogación plantada al borde del camino que el hombre europeo ha venido recorriendo hasta ahora y que ha estado caracterizado por la herencia de la Antigüedad y dos mil años de cristianismo. Nietzsche es la sospecha de que este camino ha sido un camino errado, de que el hombre se ha extraviado, de que es necesario dar marcha atrás, de que resulta preciso renunciar a todo lo que hasta ahora se ha considerado como «santo» y «bueno» y «verdadero».⁵

⁵ FINK, EUGENE, *La filosofía de Nietzsche*, 6ta. Edición, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 9.

Precisamente estos tres adjetivos son aquellos que resumen la imposición de una espiritualidad específica (cristianismo), de una moral también específica (Kant) y de un modo específico de hacer ciencia (Descartes), sometiendo al hombre más que fortalecerlo. Y el más grande ejemplo es la idea de la inmortalidad del *alma*. Incluso es posible considerar dicho tema como aquel que es parte central de la crítica y análisis de filosofía respecto al debate sobre la influencia antigua en los tiempos posteriores, reflexión que se emite sobre todo a partir de los últimos años del siglo XIX, el siglo XX y nuestro tiempo: “Nietzsche representa la crítica más extrema a la religión, la filosofía y la ciencia, la moral”.⁶ Pero, ¿por qué catalogar de “un error” la reflexión filosófica que versa sobre un mundo suprasensible que da sentido al mundo material? ¿Respecto a qué es “un error” esta tradición occidental que durante milenios había sido posicionada como eje rector del comportamiento tanto individual como social del hombre? Nietzsche es claro: se le ha dado prioridad al *alma* y no al *cuerpo*. Todo comenzó con el discurso que emitía Sócrates –a manera de representante de los hombres sabios de la antigüedad– respecto a la vida y a la enfermedad y al sufrimiento que ésta acarrea a aquella.

En todos los tiempos los sapientísimos han juzgado igual sobre la vida: *no vale nada...* Siempre y en todas partes se ha oído de su boca el mismo tono, - un tono lleno de duda, lleno de melancolía, lleno de cansancio de la vida, lleno de oposición a la vida. Incluso Sócrates dijo al morir: «vivir – significa estar enfermo durante largo tiempo: debo un gallo a Asclepio Salvador». Incluso Sócrates estaba harto. ¿Qué *prueba* esto? ¿Qué *indica*?⁷

⁶ *Idem.*

⁷ NIETZSCHE, FRIEDRICH, *El crepúsculo de los ídolos*, 5ta. Reimpresión, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 43.

Nietzsche no ve en dichas palabras ninguna sabia declaración que debe respetarse, ni mucho menos ningún designio que debe seguirse. Al contrario, ve la decadencia, una decadencia que toma la palabra:

¿Qué *prueba* esto? ¿Qué *indica*? – En otro tiempo se habría dicho (- ¡oh, se lo ha dicho, y bien alto, y nuestros pesimistas los primeros!): «¡Aquí, en todo caso, algo tiene que ser verdadero! El *consensus sapientium* [consenso de los sabios] prueba la verdad.» – Continuaremos nosotros hablando así hoy? ¿Nos es *lícito* hablar así? «Aquí, en todo caso, algo tiene que estar *enfermo*» - es la respuesta que *nosotros* damos: ¡a esos sapientísimos de todos los tiempos debería examinárseles de más cerca primero! ¿Acaso es que ninguno de ellos se sostenía ya firme sobre sus piernas? ¿Acaso es que eran hombres tardíos? ¿Que se tambaleaban? ¿*Décadents* [decadentes]? ¿Acaso es que la sabiduría aparece en la tierra como un cuervo al que un tenue olor a carroña lo entusiasma?⁸

La real coincidencia entre los llamados “sabios” no es el hecho de que su reflexión se ha alejado del mundo sensible, sino que todos eran *decadentes*, es decir, sujetos que en una etapa de vulnerabilidad en su cuerpo decidieron menospreciarlo y, en contraposición, enaltecer la espiritualidad, tendencia que se resume en la supremacía del *alma* respecto al *cuerpo*: si el cuerpo se enferma, no vale la pena de ser salvado. Pero Nietzsche considera esta apuesta como algo arriesgado porque, para él, *el cuerpo* no sólo sería ese complemento del *alma* –como se ha comentado anteriormente–, sino que es el lugar de donde surge ésta. En otros términos, Nietzsche se coloca de frente a Sócrates-Platón e invierte los términos de importancia:

⁸ *Idem.*

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles mi palabra. No deben aprender ni enseñar otras doctrinas, sino tan sólo decir adiós a su propio cuerpo y así enmudecer.

«Cuerpo soy yo y alma» - así habla el niño. ¿Y por qué no hablar como niños?

Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de *un único* sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas «espíritu», un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón.⁹

Mientras que, respecto a Descartes, hace del yo sólo un pequeño y breve instrumento y no el punto seguro e inmutable tan característico de la filosofía moderna: “Dices «yo» y estás orgulloso de esa palabra. Pero esa cosa aún más grande, en la que tú no quieres creer, tu cuerpo y su gran razón: ésa no dice yo, pero hace yo”.¹⁰ Si bien es cierto que una de las manifestaciones del yo es la conciencia reflexiva –*Pienso, luego existo*–, lo que a su vez permite mantenerse consciente de aquello que se ha realizado o aún se encuentra en el pensamiento, emergiendo una especie de diálogo interior, éste no es prueba ni del *Topus Uranus* ni de algún otro lugar trascendental, sino una manifestación de las posibilidades que posee *el cuerpo* en sí mismo y a través únicamente de él. De este modo, el lugar de privilegio que poseía no sólo *el alma* sino también el yo es ocupado por *el cuerpo*, situación que tiene diversas consecuencias. Entre ellas un nuevo análisis respecto

⁹ FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, 8ª. Reimpresión, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 64.

¹⁰ *Idem*.

a la moral y, por supuesto, de los valores anteriormente considerados como intocables, ejemplos claros de la abstracción de la metafísica.

El proyecto más general de Nietzsche consiste en esto: introducir en filosofía los conceptos de sentido y valor. [...] Nietzsche no ocultó nunca que la filosofía del sentido y de los valores tenían que ser una crítica. Revelar que Kant no realizó la verdadera crítica, porque no supo plantear el problema en términos de valores, es precisamente uno de los móviles más relevantes de la obra de Nietzsche. [...] cuando se trata de Nietzsche, tenemos [...] que partir del hecho siguiente: la filosofía de los valores, como él la instaura y la concibe, es la verdadera realización de la crítica, la única manera de realizar la crítica total, es decir, de hacer filosofía a «martillazos».¹¹

Si desde la Grecia Clásica hasta finales del siglo XIX, pasando por la Edad Media, la creencia en una trascendencia implicaba que al dejar el *alma* al *cuero* éste queda sin vida y se deja de existir, es ahora con Nietzsche que se considera que uno muere porque uno piensa y reflexiona –muy similar a lo planteado por Camus en *El mito de Sísifo*, como se ha mostrado previamente–, y no porque la muerte del *alma* sea causa del destino o de los designios de alguna divinidad. Esto implica que, cuando menos para el filósofo alemán, lo material es prioritario a pesar de que muere, se desgaste o muera. Estas características no son negativas. Antes bien, son la prueba de que el mundo es y continúa. Por tanto, las explicaciones que de él surjan son secundarias en el orden de importancia. Entendida de esta manera, *el alma* no es un elemento que daría garantía respecto a la existencia de un territorio supraterráneo, sino sólo una manera de expresar procesos enteramente materiales y, por supuesto, corporales. Sin embargo, es necesario entender

¹¹ DELEUZE, GILLES, *Nietzsche y la filosofía*, 7ª. Edición, Editorial Anagrama, Barcelona, 2002, p. 7.

de dónde es que surge la creencia en este ámbito metafísico. Para Nietzsche se trata en realidad de una confusión entre *causa* y *efecto*. Mientras desde la postura de Sócrates-Platón se considera a las *Ideas* como *causa* del mundo y, para el autor de *Así habló Zaratustra*, se trata de un camino inverso. Por tal motivo, para él la tradición es –ya se había mostrado a partir de Fink– el camino del “error”. Si los llamados “sabios” son en verdad “seres decadentes”, entonces se entiende que sus valoraciones respecto al mundo son originadas a partir del dolor o del placer que de él se deriven, pero jamás surgidos desde el ámbito metafísico, a las cuales se les puede llamar como *presuntas aclaraciones*.

En verdad, todas estas presuntas aclaraciones son estados *derivados* y, por así decirlo, traducciones de sentimientos de placer o displacer a un dialecto falso: se está en estado de *esperar* porque el sentimiento fisiológico básico vuelve a ser fuerte y rico; se confía en Dios *porque* el sentimiento de plenitud y de fuerza le proporciona a uno calma. La moral y la religión caen en su integridad bajo la *psicología del error*: en cada caso particular son confundidos la causa y el efecto; o la verdad es confundida con el efecto de lo *creído* como verdadero; o un estado de conciencia es confundido con la causalidad de ese estado.¹²

Así, entendemos que a pesar de que postura de Sócrates-Platón puede entenderse como sólidamente formulada, para Nietzsche la decadencia de Occidente comienza cuando se invierten *la causa* y *el efecto* y, obviamente, se menosprecia a este último debido a que aquello que produce es superior a aquello que es producido. Por tal motivo en sus escritos de manera general trata siempre de resaltar la importancia del *cuerpo* como el elemento decisivo para interactuar con el mundo, dejando en segundo plano *al alma*, aquel elemento por excelencia en el orden metafísico.

¹² NIETZSCHE, FRIEDRICH, *El crepúsculo de los ídolos*, Ed. Cit., p. 74.

EL CASO DE SARTRE

Tomando como parámetro a los valores, se tiene dos posibilidades: que el hombre sea un agente pasivo y los considere como incuestionables, dignos de ser adorados, ideales que seguir, instrucciones que se deben obedecer, difundir e incluso defender o, en contraposición, ser un agente activo, cuestionarlos, negarse a seguirlos antes de valorarlos, detenerse a un análisis de ellos antes de promoverlos y, de ser el caso, denunciarlos y condenarlos. El primer camino es el de la tradición anterior a Nietzsche, el segundo es su camino y, en gran parte, su heredero.

En el diálogo *República o De lo Justo* Platón muestra un mito interesante, esto es, que los hombres pre-helénicos nacían de oro (el sector de los gobernantes), plata (aquellos aptos para ser guardianes), bronce (los encargados tanto de los servicios como de las manufacturas manufacturas). Es a partir de este hecho que se conformaban en su respectivo sector para el funcionamiento del ámbito político. Sin embargo, también era posible ascender pero también descender de ámbito. Incluso un hombre plata podía engendrar a uno de oro y así en diversas combinaciones. Esa tesis la podemos encontrar o comparar en el existencialismo del filósofo francés Jean Paul Sartre. En la conferencia *El existencialismo es un humanismo* encontramos la frase *La existencia precede a la esencia*: el hombre no es más que lo que él hace. En otros términos, *el hombre se hace a sí mismo*, aunque, a diferencia de Platón, lo hace *fuera de cualquier metafísica o fundamento*

supraterrenal. Lo que complica las cosas es que a mediados del siglo XX se contaba con dos tipos de *existencialismo*. Sartre lo explica:

Lo que complica las cosas es que hay dos tipos de existencialistas: los primeros, que son cristianos, entre los cuales yo colocaría a Jaspers y a Gabriel Marcel, de confesión católica; y, por otra parte, los existencialistas ateos, entre los cuales hay que colocar a Heidegger, y también a los existencialistas franceses y a mí mismo. Lo que tienen en común es simplemente que consideran que la existencia precede a la esencia, o, si se prefiere, que hay que partir de la subjetividad.¹³

Es clara la confrontación que también presenta Sartre respecto a la tradición occidental, aunque de manera más radical debido a que él emplea el término *Dios* para resumir toda la herencia occidental, un punto similar al empleado por Nietzsche años atrás cuando se refiere a *la muerte de Dios*, es decir, la pérdida de valor de todo argumento metafísico. Pero continuemos con el filósofo francés, quien explica cómo es que la tradición ha mantenido a su metafísica a través del tiempo.

Consideramos un objeto fabricado, por ejemplo un libro o un cortapapel. Este objeto ha sido fabricado por un artesano que se ha inspirado en un concepto; se ha referido al concepto de cortapapel, e igualmente a una técnica de producción previa que forma parte del concepto, y que en el fondo es una receta. Así, el cortapapel es a la vez un objeto que se produce de cierta manera y que, por otra parte, tiene una utilidad definida, y no se puede suponer un hombre que produjera un cortapapel sin saber para qué va a servir ese objeto. Diríamos entonces que en el caso del cortapapel, la esencia –es decir, el conjunto de recetas y de cualidades que permiten producirlo y definirlo– precede a la esencia; y así está determinada la presencia frente a mí, de tal o cual cortapapel, de tal o cual libro, en la cual se puede decir que la producción precede a la esencia.¹⁴

¹³ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Editorial Quinto Sol, México, 2005, p. 31.

¹⁴ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Cit., p. 31.

Este es una forma técnica de explicar los postulados filosóficos que comienzan con Sócrates-Platón hasta finales del siglo XIX, periodo donde de diversas maneras –a manera de mitos, relatos, religiosidad, etc.– la idea de un sustento metafísico emergía también como la causa de este mundo y de los propios hombres. Como se ha comentado, el resumen de esta postura es el término *Dios*.

Al concebir un Dios creador, este Dios se asimila la mayoría de las veces en un artesano superior; y cualquiera que sea la doctrina que consideremos, trátase de una doctrina como la de Descartes o como la de Leibniz, admitimos siempre que la que la voluntad sigue más o menos al entendimiento, o por lo menos lo acompaña, y que Dios, cuando crea, sabe con precisión lo que crea. Así el concepto de hombre en el espíritu de Dios es asimilable al concepto de cortapapel en el espíritu del industrial; y Dios produce al hombre siguiendo técnicas y una concepción, exactamente como el artesano fabrica un cortapapel siguiendo una definición y una técnica.¹⁵

De este modo Dios fabrica a los hombres y cada uno de ellos es una realización de un concepto universal de *hombre* porque, al existir el sustento metafísico universal, entonces también existe una esencia, un modo de vida general al cual los hombres deben amoldarse, es decir, una teleología, un plan divino a realizarse y del cual nadie debe salir. Esto es muy similar a otro postulado en Nietzsche, específicamente respecto al rol que *la moral tradicional* y *la religión* ejerce en el dominio de las voluntades humanas mediante un empleo específico de *la razón*: “La fórmula más general que subyace a toda religión y a toda moral dice: «Haz esto y aquello, no hagas esto y aquello – ¡así serás feliz! En otro caso...». Toda moral, toda religión

¹⁵ *Ibidem*, p. 32.

es ese imperativo, yo lo denomino el gran pecado original de la razón, la *sinrazón inmortal*.¹⁶ De esta manera, otro elemento metafísico, es decir, *la razón* también deja de ser considerado como el elemento definitivo para considerar a los hombres como los seres superiores del mundo y, en contraposición –similar a lo sucedido respecto al *alma*–, se hace de ella algo que es en realidad sólo es un elemento derivado del *cuerpo*. A continuación, la postura existencialista de Sartre:

El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que ese ser es el hombre o, como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define.¹⁷

De esta manera sólo los actos definirán al *hombre*, no su constitución física –punto que directamente es contrario a los cánones de belleza y de formación física propiamente dichos en Sócrates-Platón–, ni tampoco ningún designio divino –caso cristianismo e incluso moral–. Tampoco se trataría de saber qué metal representa al *hombre* que recién surge en este mundo porque, de manera idéntica, sólo cuentan las acciones logradas, no pensadas. Así mismo, las *Ideas* platónicas tampoco tiene cabida en esta perspectiva, mucho menos los conceptos provenientes de la lógica, por ejemplo. Ninguna explicación previa a la existencia del *hombre* es válida porque no existe el plano supraterráneo en Sartre: “El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no

¹⁶ NIETZSCHE, FRIEDRICH, *El crepúsculo de los ídolos*, Ed. Cit., p. 68.

¹⁷ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Cit., p. 33.

ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla”.¹⁸

El hombre se construye a sí mismo por medio de sus actos y de sus acciones, no por el tipo de metal que lo represente, ni tampoco por religiosidad o moral alguna, mucho menos por una esencia o naturaleza humana, ni siquiera por los parámetros de belleza establecidos: “El hombre es el único que no sólo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como se concibe después de la existencia, como se quiere después de este impulso hacia la existencia; el hombre no es otra cosa que lo él se hace. Este es el primer principio del existencialismo. Es también lo que se llama la subjetividad, que se nos echa en cara bajo ese nombre”.¹⁹ La responsabilidad total de su ser recae en cada *hombre* a manera de preámbulo para comprender una nueva relación no sólo entre *alma* y *cuerpo*, sino entre lo metafísico y lo físico.

EL HUMANISMO

Como se observa, desde esta postura existencialista, hacer referencia al *hombre* no es remitirse a un ser racional, como un ser pensante, sino un ser *proyectado* en el tiempo.

¹⁸ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Cit., p. 33.

¹⁹ *Idem*.

Porque queremos decir que el hombre empieza por existir, es decir, que empieza por ser algo que se lanza hacia un porvenir, y que es consciente de proyectarse hacia el porvenir. Es hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor; nada existe previamente a este proyecto; nada hay en el cielo inteligible y el hombre será ante todo lo que habrá proyectado ser.²⁰

Es así como el camino iniciado por Nietzsche toma fuerza con Sartre, en especial al momento de colocar en *el hombre* el peso total de su existencia, pero un *hombre* que se hace cargo de su propio ser, que es responsable de sus propios actos y decisiones, en otras palabras: “el primer paso del existencialismo es poner a todo hombre en posesión de lo que es, y asentar sobre él la responsabilidad total de su existencia”.²¹ Esto tiene como consecuencia la eliminación total de cualquier tabla de valores, de cualquier finalidad recomendada por cánones religiosos y, en general, metafísicos. El círculo iniciado por Sócrates-Platón se ha cerrado y, ahora con Nietzsche, la reflexión toma nuevos parámetros para su actuar, mientras que con Sartre dicho nuevo camino comienza a acentuarse en un ámbito despreciado durante milenios: *el cuerpo*. Pero, ¿por qué a través de los milenios previos se había optado por el alejamiento de este tema. Sartre responde que se debe a que aquellos “sabios” ya mencionados por Nietzsche, al ser débiles, llevaron a cabo la elaboración de diversos códigos para someter y mantener el control sobre quienes sí podían soportar el dolor de la existencia que se presenta a través de la muerte, de la enfermedad, así como diversas. Se trata de *hombres* que poseen la llamada *fuerza plástica* que permite adaptarse al medio y sobresalir sin importar los inconvenientes que se presentan.

²⁰ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Cit., p. 34.

²¹ *Idem*.

En otros términos, *el alma* surge como refugio para quienes no soportan los embates de la existencia. De ahí los diversos métodos de meditación que han rodeado el desarrollo de Occidente, así como la proliferación de diversas ramas, por ejemplo, de raíz judeocristiana. *El alma* era lo más valioso porque se despreciaba al cuerpo no porque éste fuera débil y se enfermara, sino porque una vez enfermo el *hombre* que en él se desenvolvía era incapaz de sobreponerse a los problemas y, siguiendo a Friedrich Nietzsche, le era más fácil elegir el camino del consuelo antes que adaptarse a las nuevas circunstancias (una pérdida, una enfermedad, un sufrimiento).

El alma complementa al *cuerpo* al tiempo que éste último la contiene como una entre tantas manifestación que posee, haciendo referencia sólo a este plano terrenal. Este es el ámbito entre *la filosofía y la metafísica*, donde los dualismos se resumen en los términos *alma* y *cuerpo*, así como en su interacción.

CONCLUSIÓN

Cuando se habla acerca de la relación entre *alma* y *cuerpo* no sólo se hace referencia a saber cuál de ellos es superior al otro ni qué cuidar más, sino que incluso factores políticos y religiosos emergen, lo que supone que incluso la propia conducta del *hombre* es afectada. La aparición de consideraciones metafísicas está presente en prácticamente todo el desarrollo de Occidente, por lo cual es el deber

de la gente de filosofía analizar en cada época su posicionamiento porque únicamente de ese modo podemos dar respuesta a las exigencias de nuestro propio contexto.

Como se habrá dado cuenta el lector, se trató de hacer un breve recuento de las principales posturas que han abordado esta dicotomía entre lo inmaterial y lo material con la intención de colocar en balanza de reflexión sus respectivos postulados. No se ha tomado partido por ninguna postura, aunque es innegable el hecho de que en nuestro tiempo, más cercano a Friedrich Nietzsche, a Albert Camus y a Jean Paul Sartre es también el más cercano a nuestro contexto.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- DELEUZE, GILLES, *Nietzsche y la filosofía*, 7ª. Edición, Editorial Anagrama, Barcelona, 2002.
- FINK, EUGENE, *La filosofía de Nietzsche*, 6ta. Edición, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, 8ª. Reimpresión, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH, *El crepúsculo de los ídolos*, 5ta. Reimpresión, Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- PLATÓN, Diálogos, Editorial Gredos, Madrid, 1981.
- SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Editorial Quinto Sol, México, 2005.